

insurgentes casi á nado: el Coronel Quintero y Capitan Flores procuraron flanquear al enemigo con mil hombres cada uno por derecha é izquierda, cargando reciamente, y se entraron hasta la poblacion, metiéndose en las casas: entonces el Alcablero del pueblo con un grupo de soldados y paisanos les asestó un cañon á metralla, cuyo estrago burlaron, arrastrándose por el suelo; pero lanzándose sobre los artilleros, los mataron á puñaladas, y al director de la empresa lo mutilaron bárbaramente. Siguió alternado el tiro; pero temerosa la guarnicion de correr la suerte que el mutilado, ó sea su Comandante Villaescusa, quiso capitular con Hermosillo, quien le dijo que se entregase á discrecion, como se verificó, tratándole con toda consideracion, y dándole pasaporte para restituirse á su casa; dióle ademas una escolta de los soldados vencidos para que lo custodiasen: movióse por las muchas lágrimas que este Comandante derramó á su presencia, cual pudiera un niño: la única garantia que le pidió, fué el juramento de no volver á tomar las armas contra la nacion.

158. Esta conducta generosa de Hermosillo fué recompensada con la felonía mas vil. Al retirarse Villaescusa, arrastró consigo mas de sesenta de los suyos: llegó al pueblo de *S. Ignacio Piaxtla*, donde ejecutó lo mismo, y se hizo fuerte en aquel lugar que era á propósito, desde donde avisó cuanto le habia ocurrido al Intendente D. Alejo Garcia Conde que estaba en Arizpe, y venia con un repuesto de indios Opatas, armados de fusil y lanza, exhortándolo á que llegase pronto, pues temia que Hermosillo lo batiese. Sabido todo por éste, pasó luego á atacarlo: en la revista que hizo de su tropa halló cuatro mil ciento veinte y cinco infantes, cuatrocientos setenta y seis caballos, novecientos fusiles, doscientos pares de pistolas, y muchas lanzas. Entró con este armamento en *S. Sebastian* con grande aplauso: se situó en un cerrillo que dominaba por el rumbo del Sur al pueblo de *S. Ignacio*, á tiro de cañon; divide el pueblo del cerro, un rio de bastante caudal.

159. El 31 de Diciembre unos soldados de Mazatlan con un Sargento llamado Hernandez, bajaron del cerrillo á las señas que les hacian otros dos que eran enemigos, situados en la banda opuesta. Efectivamente bajó, contestó con aquellos que habian sido antes sus camaradas, y quedaron de acuerdo en que al otro dia vendria al mismo sitio mucha gente de la enemiga, que seducirian para reunirse á los americanos. Diéronse mutuos abrazos; mas al repasar el rio Hernandez, le dispararon un fusil y cayó muerto. Formalizóse ya con esto un tiro de guerra por ambas partes. Continuó el 1.º de Ene-

ro (de 1811), pero sin fruto, pues el enemigo estaba parapetado. Al siguiente dia el P. Parra salió á buscar vado para atacar al enemigo en compañía de Diego Somalia, hombre de valor; pero ambos fueron sorprendidos por una partida de guerrilla, Somalia muerto, y Parra conducido despues hasta Durango con un par de grillos. Entre doce y una de la noche del 4 al 5 de Enero, entró Garcia Conde en *S. Ignacio*, encontrándolo *Villaescusa*: ignoráronlo los americanos, pues creían que era muy poca la tropa que hubiese parapetada en el pueblo. Garcia Conde mandó el dia 6 reunir de las poblaciones inmediatas el mayor número posible de gente armada, para emboscarla y sorprender á Hermosillo, el cual creyó que obtendria el mismo triunfo que la primera vez. El dia 8 salió con toda su fuerza, pasó el vado que habia descubierto el P. Parra, y la tropa enemiga sin orden de sus gefes colocada á los lados del camino que estaban cubiertos de breñales, arrastrándose de barriga por el suelo en número de cuatrocientos hombres, y teniendo la division de Hermosillo en medio, comenzó á hacer un fuego voraz, que en diez minutos acabó con mas de trescientos americanos. Tal suerte tuvo esta expedicion, comenzada con los mas felices auspicios. *Villaescusa* se cubrió de ignominia con su pérfida conducta, y aunque destrozado Hermosillo, y aquel victorioso, el uno pasará en todos tiempos por un héroe, y el otro por un infame villano. Son muy dignos de lastima los hombres candorosos, porque son el juguete de los perversos. En este acontecimiento tuvo la mayor parte la inexperiencia de la guerra, en la que eran niños los americanos. ¡Qué desgracia que hoy se hayan formado maestros á expensas de la sangre de sus hermanos (1)!

160. Entretanto que esto pasaba en Sonora, Calleja organizaba su ejército, y se preparaba para invadir á Guanajuato. El 15 de Noviembre salió de Querétaro: su marcha era

[1] *Debo hacer justicia á la virtud y al mérito. El Sr. D. Alejo Garcia Conde hizo prisioneros en esta accion ochocientos hombres, y á ninguno pasó por las armas. Algo mas; entre los prisioneros se encontraron varios Curas del obispado de Guadaluajara, á quienes trató de quitar sus curatos el Sr. Obispo Cabañez, pero él se opuso fuertemente á esta medida, y lo impidió. El resultado de esta conducta fué, que allí no hubo mas revolucion; si la hubieran observado Calleja y Venegas, ¡cuántos muertos existirian hoy que sacrificaron inútilmente! ¡Préz eterno, á la buena memoria del Sr. Garcia Conde!*

lenta pero segura; precedíanle el terror y la desconfianza: su campo era el teatro del espionaje: observábanse hasta los gestos y miradas de su tropa, y la menor expresión dicha indiscretamente por el soldado, se tenía por cuerpo de delito, y castigada hasta con la muerte. Aguardábalo tranquilo Allende en Guanaxuato, y disponía sus fortificaciones en las alturas, supliendo con la artillería la falta de fusiles, sin olvidarse del cielo que dá y quita las victorias, pues en la festividad del Patrocinio de Ntra. Sra., en que se celebra á Ntra. Sra. de Guanaxuato, salió en su solemne procesion para implorar su auxilio. Hizo barrenar distintos puntos de la Cañada de Marfil, para dispararlos como minas al tiempo de pasar el ejército: hizo exhórtar al pueblo por medio de los eclesiásticos á tomar las armas, como efectivamente lo hicieron. Calleja atacó con buen éxito la primera batería de Rancho Seco, noticia que alarmó al pueblo, y se hizo tocar la generala con la campana de la parroquia: la plebe ocurrió á las cumbres de los cerros, las familias se ocultaron en sus casas, y aquel día lo fué de confusion. El enemigo dividió en dos trozos su ejército: el de la derecha confió al Conde de la Cadena, y Calleja tomó la izquierda: el primero avanzó por el punto de la Yerbabuena hasta llegar á las *Carreras*: el segundo por el camino nuevo de Sta. Anna hasta el real de Valenciana, despues de haber forzado las baterías situadas en las alturas de ambos caminos, y tomado los cañones. Luego que llegaron á los puntos ya citados hicieron alto, así para dar descanso á sus tropas, como porque ya se ocultaba el sol.

161. A las tres y media de la tarde de este día (24 de Noviembre) un mulato llamado *Lino*, natural del pueblo de Dolores, cierto de que la acción estaba ganada por Calleja, salió por las calles y plazas seduciendo al pueblo á que fuese á la Alhóndiga de Granaditas á matar á los españoles que estaban allí presos: dijole para conoverlo á tal maldad, que iba á entrar á degüello. Aquella plebe, quejosa de tiempos atrás del Gobierno español por el tributo que le exigía desde el tiempo del Visitador Galvez, y de la violencia que se usaba echando leva, que allí llamaban lazo para desaguar algunas veces las labores de las minas, abrazó la proposición de aquel hombre despechado. Entró, pues, en gran número en la Alhóndiga, hiriendo á la guardia que les oponía resistencia, y al Comandante de ella D. Mariano Liceaga, y por poco corren igual suerte el Capitan D. Mariano Otero y D. Francisco Tobar, que apenas pudieron huir: ocurrió luego el Cura párroco á impedir este estrago, con varios clérigos y frailes,

pero todo fué inútil; la plebe forzó las puertas y dió muerte á la mayor parte de los presos, haciendo tal carnicería, que de doscientos cuarenta y siete que allí estaban, y dos señoras que acompañaban á sus maridos, solo escaparon poco mas de treinta, y una de ellas quedó mal herida. Robaron despues cuanto habia en el edificio, dejando encueros los cadáveres. Los pocos que pudieron salvarse, se refugiaron al convento inmediato de Belén. Divulgóse luego este hecho de atrocidad, y todos temieron sus consecuencias: ocultáronse donde pudieron. El pavor ocupó todos los corazones, y reinó en la noche aquel silencio que siempre se pasea acompañado de los horribles espectros; pero este fué interrumpido á las tres y media de la mañana, con el horrisono estallido de un cañon de á 16, que desde el día anterior habia situado Allende en el cerro del *Cuarto*, desde donde hizo fuego sin interrupcion la tarde del día anterior para impedir al Conde de la Cadena su entrada por el punto de las *Carreras*, y sus fuegos eran respondidos por otro que dicho Conde habia tomado de las baterías ocupadas. Hizo una pausa hasta las siete de la mañana en que se repitió el fuego con la misma pieza, y continuó muy vivo hasta las ocho y media que comenzó á bajar la division de Calleja camino de Valenciana, ácia donde avistaron el cañon, y comenzaron á tirarle con tanto acierto, que la primera bala mató á dos de los que lo manejaban, y la segunda lo desmontó. El ejército real comenzó á entrar por las *Carreras* ya sin obstáculo, capitaneado por el Conde de la Cadena; Allende se retiró con su tropa, y nadie osó perseguirlo.

162. Luego que supo Calleja la catástrofe de Granaditas, mandó tocar á degüello, como se verificó con algunas gentes inermes que por curiosidad presenciaban su entrada desde Valenciana hasta el barrio de S. Roque. El Conde de la Cadena iba á hacer lo mismo, y tenia á punto su tropa; pero en este momento una voz de trueno le hizo reflexionar y volver sobre sus pasos: era la del P. Fr. José Maria de Jesus Belaunzarán (1), Ministro de terceros de S. Diego, que llevando un Crucifijo en la mano, á grito herido le dijo. . . Señor, esa gente que V. S. tiene á la vista es inocente, ni ha causado el me-

[1] A este hecho principalmente debe el Sr. Belaunzarán el haber sido nombrado Obispo de Nuevo Reino de Leon. Conceda Dios á su grey tener á su frente tan denodado Pastor! Los lobos que hoy la cercan, no son menos temibles que aquellos: sus bramidos no son tan estrepitosos; pero sus astucias y asechanzas son mas certeras.

nor daño; si lo hubiera hecho, andaria fugitiva por esos montes.... Suspéndase, Señor, la órden que V. S. ha dado, y yo se lo pido por este Señor que lo ha de juzgar, y le ha de pedir cuenta de la sangre que quiere derramar." Formidó el Conde al oír estas terribles palabras, se quedó confuso, y ya no hizo mal alguno. ¡Tanto es el poderio de la voz de la Religión empleada oportunamente! El Capitan de dragones de Puebla D. Francisco Guizarnotegui, en su parte á Calleja fecho en Guanaxuato en 25 de Noviembre, le dice: „Que al pasar por Granaditas, oyó decir que allí estaban muertos á lanzadas todos los *gachupines*; expresion que lo irritó bastante, y por lo que mandó echar pie á tierra á doce dragones para cerciorarse de la verdad, y auxiliar á los que se hallasen vivos; mas solo oyó decir que todos eran cadáveres, cogiendo á seis ó siete hombres que los hallaron allí, los cuales entraron á ver si habia algun despojo que rapiñar, ó quizás á ver la catástrofe en que fueron cómplices, por lo que bien asegurados (son sus palabras) se los presenté al Sr. General en jefe, quien al oír mi indicado razonamiento, *mandó en el momento matarlos.... como se ejecutó....* ordenándome volviere á la ciudad tocando á degüello, como lo verifiqué hasta llegar á la plaza ó parroquia, donde me reuní con la tropa que para da hallé allí." Así disponia Calleja de la vida y de la muerte de los americanos, como pudiera de la de los perros. Si gámosle los pasos á este tigre, está metido en una selva acosado de sed rabiosa de sangre humana; relacion para mí molesta, pero indispensable en la historia.

163. Ocupada la ciudad, mandó que la mayor parte de su tropa y artillería campase en el punto de *Xalapita*, á la salida de la Cañada de Marfil, quedándose con alguna parte de ella en dicha ciudad. No se ocupó en tomar algun descanso de la fatiga del día anterior, sino en mandar prender á varias personas distinguidas, que por lo pronto se mandaron al campo, y al día siguiente encerraron en Granaditas. Entre estas fué atado con un portafusil y vilipendiado el Coronel de dragones de la Reina D. Narciso Maria de la Canal: mandó recoger todas las armas, incluso los espadines de los regidores, que por ser sus empuñaduras de oro fueron doblemente solicitados, pues estos se machacaron, y en México se cambiaron para su esposa por piochas de diamantes al maestro de platería Vera. Hizo juntar los carpinteros de Guanaxuato para que construyesen *horcas*, á mas de la que estaba en la plazuela mayor, enfrente de Granaditas, plazuelas de S. Fernando, de la Compañía, S. Diego, S. Juan, Mexiamora, y una en cada plaza

de las minas principales. Las calles de Guanaxuato son muy estrechas, sus plazas no merecen tal nombre, y así es que no se andaba allí sino entre *horcas*. ¡Lástima que este Amán no hubiese encontrado un Asuero que hiciera colgar su cuerpo en una de treinta codos! Nombró un oficial comisionado, que acompañado del Escribano de Cabildo pasase á Granaditas, y exáminando á los de la plebe que habian prendido sus soldados el día anterior de los que no perecieron en el degüello, y estaban encerrados allí, calificasen á los que eran reputados hombres de bien, y que no habian tenido participio en los asesinatos, y á los restantes los diezmasen para ahorcarlos... He aquí planteado un tribunal militar Robersperriano: he aquí desatadas las furias infernales, protegidas con la Egide de la justicia. Aquí fué el robar y tomar la ocasion por los cabellos: los que tuvieron dinero que ofrecer, y garantizaron sus efertas, fueron puestos en libertad; los que nó, perecieron. No se crea que los ajusticiados se tomaron con las armas en la mano, ni haciendo resistencia; se salió á buscar hombres para quintar ó diezmar: algunos hubo que habian tenido parte directa en la revolucion; pero estos, ó se huyeron, ó se supieron redimir con dinero. Toda una noche se estuvo ahorcando enfrente de Granaditas, sirviéndose los verdugos de la luz de los ocotes para tan cruentas ejecuciones. Al pie de la horea habia una porcion de burros, sobre los cuales echaban los cadáveres y llevaban á enterrar; puede creerse que algunos fueron sepultados vivos, pues uno de estos logró salvarse por una rara contingencia, el cual lleno de confusion vistió una gerga grosera (que allí llaman hábito de Ntra. Sra. de Guanaxuato), y á guisa de penitente y hermitaño se fué á la mina de Cata á servir al Señor de Villaseca, á quien atribuía la milagrosa conservacion de su vida. Este hombre excitaba la compasion, pues aunque logró sobrevivir á tamaña desgracia, quedó sin embargo con el pescuezo chueco; su presencia excitaba recuerdos tristes, y odio al autor de su desventura. Necesito hacerme violencia para referir estos hechos, y decir, que en las *once* horcas puestas en diversos puntos, de los infelices hombres reunidos se diezmaron doscientos; aquellos á quienes cayó la suerte, fueron pasados por las armas porque no habia bastante número de verdugos que los ahorcasen. El día 27 se diezmaron ciento ochenta, los diez y ocho que resultaron para la muerte, fueron ahorcados en la plaza mayor esa misma tarde. El 28 sufrieron la misma pena (dice el Cuadro Histórico) en Granaditas, ocho individuos, en cuyo número se comprendieron el hijo querido de

las ciencias exáctas D. Casimiro Chovell, D. Ramon Favié y D. Ignacio Ayala. Antes que estos, habian sido ejecutados D. José Antonio Gomez, nombrado Intendente por Hidalgo, D. Rafael Dávalos, y D. José Ordoñez

164. El jueves 29 por la tarde, se mandaron ejecutar á cuatro individuos, y cuando ya dos habian sido ahorcados en Granaditas, hizo Calleja publicar el indulto, con cuyo motivo se salvaron los dos restantes. Los que fueron fusilados por el piquete de granaderos, estuvieron al mando de *José Maria Monter*. Los presos que se encargaron al Capitan D. Manuel Solórzano fueron, el Coronel de dragones de la Reina, D. Narciso Maria de la Canal; el Presbítero D. Pablo Garcia Villa; id. D. Juan Nepomuceno Pacheco; id. D. Francisco Zúñiga; id. D. José Apolinario Aspeitia; id. el Dr. D. José Maria Oñate, Cura de Sta. Ana Guanaxuato; id. D. Manuel Fernandez, y Fr. José Escalante, Laico de S. Diego. En suma, en Guanaxuato no hubo accion de guerra formal: un solo cañon situado en el cerro del Cuarto, y la mal formada bateria de Rancho-seco, sin apoyo de fusileria ni caballeria; ¿y para esto tanta bulla? Fusileria no la habia absolutamente: los frascos de azogue de fierro, que se cargaban como cañones pequeños ó pedreros, servian solo para dañar á los que los disparaban, porque al reventar hacian un embique ó retroceso que lastimó á varios indios, y les quebró las piernas. Hé aquí á Calleja en su verdadero punto de vista; no es un General que se venga de los enemigos á quienes vence, es un leopardo sediento de sangre que se entra en un redil de ovejas; si yo creyera en la transmigracion, diria que el alma del Duque de Alva habia ocupado el cuerpo de esta mala bestia: aquel ahorcó en la plaza de *Arlem* mil hombres, este habria quedado mas ufano que aquel si hubiese podido arrasar con Guanaxuato, y no dejar vivo á ninguno de sus habitantes; pues aun hay otro monstruo mas formidable que éste, y por tal tengo á Venegas, pues en oficio de 28 de Noviembre, inserto en la Gaceta extraordinaria núm. 43, le dice á Calleja: „Fué justísima determinacion la que V. S. tomó de que nuestras tropas entrasen á sangre y fuego en una ciudad que habia cometido tan detestable delito merece toda mi aprobacion la ejecucion que V. S. *medita*. Si hacemos paralelo entre este par de monstruos, nos será mas fácil perdonar á Calleja que á Venegas: aquel en un momento de indignacion, y á vista de sus paisanos muertos en Granaditas, por un movimiento primo, pudo mandar tocar á degüello; pero Venegas á distancia de mas de ochenta leguas, en calma y serenidad, no solo aprobó

el degüello, sino que á mas de esto lo que *meditaba* hacer. . . . es cosa á la verdad muy dura, y que muestra un espíritu de demonio. Tal fué el que lo guió durante su gobierno, como tendremos muchas ocasiones de demostrarlo en esta historia.

165. Viendo el General Allende la pérdida de Guanaxuato, salió con mil hombres mal armados, ó dígase mejor, destituidos de todo punto de armas, en demanda de Iriarte, á quien encontró en Zacatecas con una buena division: no estaba en estado de castigar la indolencia con que habia obrado dejando de auxiliarlo en Guanaxuato; y viéndose destituido de prestigio que no puede tener un gefe derrotado, tomó el camino de Guadalajara, donde fué recibido por Hidalgo con magnificencia y apariencias de amistad. Dedicáronse ambos gefes á dar forma de ejército á una gran masa de hombres que tenían á su disposicion. Aprovecháronse de los recursos que les proporcionaba el puerto de S. Blás, sacando de sus almacenes, municiones y artilleria, hasta del calibre de veinte y cuatro. Esta fué una empresa que parece ha marcado la providencia con una señal indeleble, para que la crea y admire la posteridad, permitiendo que existan todavia algunos cañones hundidos en las barrancas de *Mochillic*, para que el viajero curioso los admire, y compadeciendo los inútiles esfuerzos que hicimos por recobrar nuestra libertad, exclame y diga. . . . ¡Oh! los americanos se tornaron en gigantes, y multiplicaron aquí sus esfuerzos! dignos erais de elevaros á la clase de un pueblo libre. . . . Mas no plugo así al cielo por entonces: adoremos sus decretos pecho por tierra! Efectivamente, por voladeros de pájaros, y sendas donde quizás por la primera vez se estampó la huella humana, sin máquinas, aparejos, ni cabrias, sino brazo á brazo, se trasladó una gran bateria de gruesos cañones; tránsito solo comparable con el de Napoleon por el famoso monte de S. Bernardo. ¡Habeis notado cuántos millares de hormigas se pegan á un gusano muerto y de enorme magnitud, y aplicando cada una parte de su fuerza, lo transportan á su ahujero para que las sirva á todas de comun alimento? pues no de otro modo se arrimaron centenares de indios á aquellas enormes piezas, y las condujeron hasta el campo de Calderon, regando con su sudor el largo espacio de noventa léguas. . . . ¡*Regar con su sudor!* expresion no hiperbólica, sino natural y efectiva; expresion en fin, que sabrá avalorar el que aprecie dignamente nuestra noble especie. Cuando en Guadalajara se hacian estos aprestos, y se disciplinaba en sus campos la tropa reunida, comenzaron las agitaciones intestinas, que son el preludio de una reac.